

Nueve reinas



- **Ficha técnica**

Procedencia / año: Argentina, estrenada el 31 de agosto de 2000.

Duración: 114 minutos

Dirección: Fabián Bielinsky

Guión: Fabián Bielinsky

Montaje: Sergio Zóttola

Fotografía: Marcelo Camorino

Música original: César Lerner

Sonido: Eduardo Prus

Producción: Pablo Bossi

Intérpretes

Ricardo Darín..... Marcos
Gastón Pauls..... Juan
Leticia Brédice..... Valeria
Jorge Noya..... Aníbal
Oscar Núñez..... Sandler
Ignasi Abadal..... Vidal Gandolfo
Tomás Fonzi..... Federico
Alejandro Awada..... Washington

Leo Dyzen..... experto en filatelia
Elsa Berenguer.....Berta
Rolly Serrano.....Castrito
Gabriel Molinelli.....Cárdenas

- **Sinopsis**

Buenos Aires, año 2000. Dos tipos que laburan la calle traban contacto en el minimercado de una estación de servicio cuando el más joven intenta engañar con el vuelto a la cajera. Descubierta el delito, el otro interviene para detenerlo y "llevarlo a la seccional". Fuera del local, Marcos se presenta: no es policía, lo sacó del apuro porque sintió lástima por el aprendiz y quiere proponerle trabajar juntos. Juan le da vueltas al asunto y al final acepta ser "pierna" de Marcos por un día, para aprender del experto y hacerse de unos mangos que necesita para ayudar a su viejo que está preso.

Socios ocasionales, Marcos y Juan recorren las calles porteñas realizando algunos trabajitos clásicos de los rebusques de chorros a pequeña escala: estafan a una anciana usando el portero de un edificio, marcan un billete para quedarse con un vuelto en un bar, roban el diario; nada que los vaya a hacer ricos o que les permita cambiar de vida. Mientras traman el afano siguiente, un llamado de la hermana de Marcos, empleada de un lujoso hotel internacional, les presenta de pronto un negocio que puede significar un salto inesperado y un golpe para quedarse con un montón de plata de manera sencilla: un ex socio de Marcos se descompone en el hotel y no puede cerrar la venta de unas estampillas fraguadas a un coleccionista español que está a punto de abandonar el país. Marcos la ve clarita: Sandler –a quien había estafado previamente- lo mandó llamar porque no tiene a nadie más. No sabe cuánta guita hay de por medio, pero sabe que el asunto es grande y que él sólo va a repartir las migajas necesarias para que funcione. Desde entonces, las nueve reinas, ese sello valiosísimo de la república de Weimar, se transforman en el eje de la trama y en la obsesión de los protagonistas: una lámina falsificada que los puede volver millonarios de la noche a la mañana y con sólo un par de operaciones en la que no arriesgan nada. Juan duda pero Marcos lo convence: "este es el negocio que podés estar esperando toda tu vida sin que llegue". Pero la cosa se complica, ya que la copia trucha se estropea y es necesario buscar el original, que una hermana de Sandler que vive en el Cavannagh y negocia a un precio importante. Marcos y Juan deben poner capital propio para completar la jugada, arriesgarlo todo para comprar las estampillas y revendérselas al "gallego". Sigue siendo un negocio redondo de cientos de miles de dólares a favor. Marcos vuelve a dudar, pero al final pone sus ahorros, laboriosamente reunidos, pero aún insuficientes para el

soborno del juez que va a liberar a su viejo. El golpe parece desenredarse, Marcos y Juan llegan a tiempo para vender las nueve reinas; apurado, Vidal Gandolfo, el coleccionista, incluye en el paquete una noche con la hermana de Marcos y paga con un cheque certificado que equivale a efectivo. Hay que ir al banco: año 2000, mal momento para ir a un banco en la Argentina. Detrás del desenlace policial con ganancia frustrada que supone la separación definitiva de los protagonistas. Se ha tejido un negocio perfecto con el que ganaron los que construyeron la trampa más grande y después del cual, los otros se quedan lamentando su mala suerte.

Nueve reinas, una lectura:
La trampa más grande



Nueve reinas irrumpió en el habitualmente uniforme panorama de la realización cinematográfica argentina como una rara gema de singular perfección y fue saludada por crítica y público como una de las grandes películas nacionales de cualquier época. A ocho años de su estreno comercial, su eficacia en tanto producto cinematográfico sigue plenamente vigente y la película funciona como un policial sin costuras, que recuerda a los grandes clásicos del género.

La historia, en cuyo guión Bielinsky trabajó durante mucho tiempo, tiene sin embargo una complejidad y una profundidad que trasciende todas las evidencias superficiales. Desde el principio vemos simples apariencias; figuras de varios engaños que van hilvanando una trama en la que nada de lo que sucede en realidad es lo que nosotros (y Marcos) creemos. Pero el juego de

imposturas que organiza la trama está abierto a un conjunto de falsedades de toda índole que sostienen el ritmo narrativo del film acercándolo por momentos a una obra de suspenso con final incierto o imprevisible. De hecho, hasta último momento, Marcos intenta dar un patético golpe de manos y quedarse con todo (o con lo que él cree todo, que es en realidad nada). Marcos, el ganador, el canchero, el que se las sabe todas, el que pretende cargar con el novato al que hay que proteger de la calle y enseñarle el oficio; en síntesis, una versión extremada e inescrupulosa de la viveza argentina, cae en una trampa que no sólo no ha podido imaginar: ni siquiera sabe que ha sido objeto de la misma.

La película fluye apoyada en un guión sin fisuras, en un ritmo narrativo de notable precisión y en la química que funciona entre el sabelotodo de Marcos y el cara de buen tipo de Juan (al cabo, Sebastián). Pero no es sólo la elegante y precisa maniobra de engaños que subtiende todo el relato -y ante la que somos tan ignorantes como Marcos- la base de la representación. Bielinsky se permite deslizar, además, algunos apuntes sociales que sitúan muy bien su relato en una Buenos Aires actual y perfectamente reconocible.

Policia de pareja de *buscas*, todo el film discurre en torno de un día de laburo de dos chorros callejeros que parecen dar con el negocio de sus vidas. El guión agrega el apremio de la partida del cliente, razón por la cual todo debe suceder rápido. Bielinsky maneja como un maestro el relato, cuya concentración narrativa se apoya en un montaje exacto que va siempre al grano sin derivas existenciales ni parlamentos fuera de lugar. El escenario fundamental es la calle, el mundo cotidiano de los dos protagonistas (o al menos de Marcos) que encuentran formas de arrancarle agua a las piedras en medio de la hostilidad urbana típica del género. Pero lo que sostiene todo el relato y trasciende la vuelta final de la historia en la que se develan todas las imposturas y falsedades, es la búsqueda de la guita. Bielinsky se atreve a llevar esto al límite de interrogar una sociedad entera que ha construido un engaño generalizado del que no es la beneficiaria sino su víctima directa, como Marcos.

Nueve reinas es además un relato impecable, sostenido en uno de los mejores guiones que ha dado el género en la Argentina¹. El director no dejó un sólo detalle librado al azar (en *El aura* se confirmaría como un minucioso y paciente narrador obsesionado por la perfección de sus relatos) y se reservó

¹ El guión es tan inusualmente consistente que Hollywood cedió a la tentación de comprar la historia y hacer su propia versión: *Criminal*, Gregory Jacobs, 2004).

para el final la revelación de una trampa que resignifica todo lo que habíamos creído cierto. Esta vuelta de tuerca no es la expresión de una simple astucia del director buscando un efecto final para impresionar al espectador; como intentaremos poner de relieve en nuestra lectura, es producto de la necesidad de conectar la anécdota particular de su película con un tiempo y un lugar concretos. Año 2000, Buenos Aires aquí y ahora es, en la versión de Bielinsky, una farsa policial donde todos intentan quedarse con lo que es del otro y en la que ganan los que construyen la mentira más grande.

Vamos a analizar en lo que sigue, algunos elementos de la representación que permiten, leyendo un poco entre líneas, establecer una conexión concreta entre el film y la historia y el presente de la sociedad en la que se desarrolla.

“¿Qué ves cuando me ves?”

La escena en la que Marcos le hace ver a Juan los distintos *yeites* callejeros, los rebusques delictivos en sus claves fundamentales, configura un comentario elocuente de la sociedad en que transcurre la historia. El personaje de Vidal Gandolfo resulta absolutamente verosímil en el marco de un país en el que abundan negocios inconfesables y personajes oscuros que manejan fortunas enormes y que se llevan millones del país rumbo al exterior. Frente al rebusque de los distintos laburantes de la calle, chorros de baja estofa que viven al día, asoman los chorros grandes que ocupan -o construyen- hoteles de lujo menemista, en Puerto Madero.

Si el universo de *Nueve reinas* nos resulta desde el principio cercano y reconocible, una parte muy importante de la fluidez narrativa del film, se apoya en la autenticidad de los diálogos –un ítem usualmente deficitario en el cine nacional-. Los personajes de *Nueve reinas* no hablan como en las películas, hablan como se habla en la vida diaria, en la calle y entre la gente corriente. No es sólo que el oído fino que Bielinsky tiene para las palabras cotidianas –sin eufemismos, sin inútiles elipsis, sin afectación- se despliegue de principio a fin a lo largo de toda la película; es también el tono del habla cotidiana de la calle porteña –directo, seco, sustancioso- lo que hace que los actores se sientan cómodos, que no deban simular una jerga artificiosa y que nos instalen directamente en sus asuntos, en la acción, en el conflicto, en el enredo. Esto provoca desde el principio un fuerte efecto de familiaridad que nos permite sentirnos envueltos por la historia².

² Como envueltos quedan los protagonistas por el movimiento circular de la cámara durante el diálogo inicial en el estacionamiento en el que sellan su ocasional sociedad. Lo que no sabremos hasta el final, es quién envuelve a quién.



Este efecto de familiaridad se sustenta además, en la cuidadosa construcción de un espacio urbano plenamente propio. Bielinsky conoce la calle y mete a sus criaturas en el medio de la efervescencia diaria de la ciudad³: veredas del centro, bares, portales de edificios, bancos, kioscos de diarios, subtes. La historia se mueve en la calle y la calle mueve la historia. Ese principio que Bielinsky sostiene con pulso firme, no es la simple elección de un escenario circunstancialmente apropiado: en la calle de *Nueve reinas* se leen con claridad unos pocos carteles: *Esso*, *Direct TV*, *Telefónica*, *Banelco*: marcas visibles del proceso de concentración económica de la época que será asunto fundamental del desenlace de la obra. Dado el grado extremo de cuidado que Bielinsky pone en la puesta en escena y en la construcción de los escenarios, la presencia visible de esas marcas no puede juzgarse como mera coincidencia. Dada la fuerte presencia que tuvieron en el despliegue de las políticas monopólicas propias del período, tampoco.⁴

Además de moverse en la calle y de estar rodeados de las marcas –en sentido amplio– de la época, los personajes de la película desarrollan ciertas actividades que les permiten llevar adelante la vida cotidiana. Claro, las actividades de los protagonistas son fundamentalmente delictivas y esto

³ Podríamos conectar cualquiera de los numerosos planos de la calle de *Nueve reinas* con aquel que era a la vez apertura y cierre de *Pasaje de ida*.

⁴ En el mismo sentido, creemos que no es casual que la historia empiece en un minimercado. Desde principios de los noventa, los minimercados transformaron la fisonomía de las estaciones de servicio ofreciendo una instancia nueva para el consumo. ¿El consumo de qué? Difícil precisarlo. Desde golosinas hasta libros, incluyendo *souvenirs*, discos, peluches y comidas rápidas. Un paso más hacia el proceso de indistinción de la oferta al que asistimos progresivamente, el minimercado es acaso el emblema por excelencia de la cultura de la maximización del consumo que fue una marca fundamental de los noventa –“compre cualquier cosa, donde quiera y a la hora que quiera, pero compre...”-. Recordemos que este tipo de comercios no existían o sólo existían en las rutas antes de los noventa, y nunca con el grado de diversificación de la oferta que presentan hoy.

confiere a la obra un perfil definido dentro del género policial. Otro elemento le da consistencia a este principio: en la película no hay una sola actividad productiva. Lo más lejos que se llega en este sentido alcanza al rubro servicios: bares, hoteles, kioscos. En *Nueve reinas* todos los personajes viven de la plata ajena o están pendientes de ella. El vendedor de toda clase de productos truchos que aborda a los protagonistas en el bar, es la muestra más completa de esta idea, pero también está el policía amigo de Marcos que se vale de su credencial y de sus contactos para hacerse de un extra utilizando ilegalmente su condición de agente público. Esta perspectiva sobre el funcionamiento distorsionado de la sociedad, sus instituciones y su economía se corona con la situación de Ramiro, el padre de Juan: los setenta mil pesos tan ansiados por su hijo van a servir para sobornar al juez que está dispuesto a arreglar para liberarlo de la cárcel.

Otro elemento significativo se suma a esta cuidada construcción de una trama artificial al servicio de una trampa: las estampillas. Las nueve reinas tienen para el film, hasta el momento de la resolución, el valor simbólico de "las joyas de la abuela". Un objetopreciado -a la postre apócrifo- recibido por herencia, procedente de una época de riqueza que Berta -a la que Bielinsky hace no casualmente habitante del Cavannagh⁵, símbolo arquitectónico de la época aristocrática- liquida para sus gastos personales. Del Cavannagh de Retiro al hotel de primera clase de Puerto Madero, el pasado y el presente de la sociedad se conectan, por medio de una maniobra fraudulenta, para tejer un relato sobre las grandes fortunas mal habidas de ayer y de hoy.

Hay una sola y significativa instancia fuera de la trama de doble fondo que teje Bielinsky: la escena en la que Sebastián ofrece al chico del subte el billete de diez pesos o el autito⁶. Contacto originario con el mundo exterior a la ficción, la situación pone un marco preciso y agrega un comentario sensible a la pintura de época que el director nos ofrece: en el mundo de la película,

⁵ Dato al margen -o no tanto-. En el edificio vive hoy José Alfredo Martínez de Hoz, Ministro de Economía de la última Dictadura militar cuyas políticas de desindustrialización y vaciamiento del patrimonio público fueron la referencia más fuerte de las que Domingo Cavallo implementó en los noventa bajo los gobiernos de Carlos Menem, como señala Jorge Schvarzer en *La implantación de un modelo económico. La experiencia argentina entre 1975 y 2000*; Buenos Aires; AZ Editora; 2000. Ambas se conectan directamente con las prácticas económicas que se narran en la película y de las que nos advierte pronto Marcos, al revisar las golosinas que roba en la primera escena: todas importadas.

⁶ A cambio de una estampita de San Jorge que el chico desliza sobre su pierna. Otro elemento que refuerza la solidez del guión y la mirada política y sociológica del director: frente a la estafa de las estampillas para grandes coleccionistas, la estampita del subte aparece como la única transacción honrada del film.

Buenos Aires aquí y ahora, no hay un solo resquicio para la inocencia⁷. Nótese además que este es el primer momento del film en el que nos encontramos fuera de la trama cuya clave se nos develará en el desenlace: hasta ahí, se trata de la única escena del film en la que nadie actúa, en la que nadie miente. Las acciones y el rostro del chico son para el espectador, casi al final de la historia, el único contacto con una realidad ajena a todo juego y a todo artificio.



“...cuando la mentira es la verdad”⁸

Con *Nueve reinas*, Bielinsky construyó un policial de precisión matemática en el que puso a funcionar varias historias falsas, algunas construidas por él mismo y otras encontradas en la sociedad en las que transcurre su relato. Detrás de la apariencia, dentro y fuera de los marcos convencionales del género, se desenvuelve una obra sólida e inteligente que es además una crónica discreta y consistente de la Argentina contemporánea.

Como el director, dejamos para el final la más espectacular y eficaz de las mentiras: la convertibilidad y su sistema bancario. Resulta impecable desde el punto de vista narrativo y también desde el histórico (cuando se estrenó la película faltaba un poco más de un año para el estallido de la gran crisis del 2001) que el film se resuelva, como la gran impostura nacional de la década, con una estafa bancaria. Más significativo aún: partícipe necesario del negocio de otros, cómplice activo e inconsciente de su propia ruina, Marcos creará al final que ha sido una víctima incauta de una sucesión de hechos desafortunados que lo dejaron con las manos vacías, obligado otra vez a

⁷ Bielinsky refrenda esto en la escena final: el anillo robado a la anciana del portero al principio, que Sebastián le ganó a Marcos en una apuesta, le es ofrecido a Valeria como una antigua reliquia que ha pasado por las manos de todas las mujeres de la familia y que Sebastián le obsequia, mintiendo ahora por fuera de la charada montada para Marcos, como prenda de su amor.

⁸ La frase es de Ricardo Molloy en la célebre canción de Divididos “¿Qué ves?”, de 1993.

empezar de cero; sin la plata que iba a ganar, sin la plata que tenía, sin responsables a la vista.

Cualquier semejanza con la Argentina de los noventa debe ser atribuida a la notable capacidad de Bielinsky para extraer historia contemporánea de una intriga policial, realidad de la ficción, verdad de la mentira.

- Director

La prematura desaparición de Fabián Bielinsky en junio de 2006, a los 46 años y con sólo dos largometrajes en su haber, privó al cine argentino de una de sus dos o tres figuras más relevantes. Si bien Bielinsky apareció en el panorama de la realización con una deslumbrante ópera prima, pertenecía al mundo del cine en el que venía trabajando como asistente de dirección y guionista, desde los comienzos de su carrera.

Bielinsky demostró en las dos películas que dirigió, una notable solvencia narrativa, basada en la sólida construcción de los guiones, una mirada sobria y profunda de los personajes y la voluntad de interrogar el policial a partir de la elaboración de un tipo de registro que se aparta de los moldes más tradicionales del género, ya sea por el despliegue de inquietudes sociales e históricas, como en *Nueve reinas*, ya sea por la exploración de una dimensión psicológica y existencial inusual para el género, como en *El aura*.



Aludíamos más arriba a la solvencia que exhibe en sus películas. En ambas, Bielinsky demostró un cabal conocimiento de su oficio, una variedad de recursos narrativos difícil de hallar en sus colegas argentinos y la capacidad de realizar películas cuya calidad técnica está al nivel de los estándares

internacionales más exigentes. La obra de Bielinsky, brevísima pero de gran interés y espesor, da cuenta de un director maduro y con inquietudes temáticas y estéticas muy por encima de la media de la producción nacional contemporánea.

Marcelo Scotti